

Polonia: Socialismo y democracia (I)

11. ENERO. 1981

Carlos Iván Degregori

EL ROSTRO de Lech Walesa, jefe de los nuevos sindicatos polacos independientes. "Solidaridad", adornó en los últimos días las carátulas de *Time* y *Newsweek* que lo declararon "hombre del año". Por su parte, las nada santas agencias noticiosas occidentales, se desgañitan advirtiendo la inminente invasión soviética a Polonia.

Tan dudosa compañía confunde a algunos que optan entonces por acusar a Walesa casi de agente imperialista y a "Solidaridad" poco menos que de sucursal de la AFL-CIO, central sindical norteamericana. Y para aprehender las vastas y profundas transformaciones que comienzan a cambiar el rostro de Polonia, recurren a las viejas explicaciones: "nacionalismo", "catolicismo", "conjura imperialista", todas reales pero totalmente insuficientes para explicar uno de los fenómenos sociales más importantes de la presente década.

Es cierto que Lech Walesa personifica y "Solidaridad" resume lo que se ha denominado

el "verano polaco", cuyos efectos, sin embargo, trascienden ampliamente la actuación de Walesa e incluso los marcos de la clase obrera y de "Solidaridad", para implicar al conjunto de la sociedad polaca en el resquebrajamiento de las estructuras sociales y políticas burocratizadas, desde sus cimientos hasta las más altas cúspides. No vale, pues, santanizar a un individuo o incluso al organismo sindical que él dirige.

Tampoco es necesario ser historiador para estar al tanto del nacionalismo polaco. Pero echarle a ese nacionalismo la culpa de los problemas agrícolas o la deuda externa de ese país, constituye una gruesa simplificación, peor aún el rechazo al nacionalismo va unido a la negación de cualquier posibilidad de independencia nacional e incluso a la velada justificación de una intervención extranjera.

Es evidente, también, que el imperialismo pretende pescar a río revuelto y urde, qué duda cabe, mil maquinaciones. Pero no por eso es acertado presentarlo como un ente todopoderoso,

y monolítico y sin fisuras, capaz de orquestar desde la elección de un nuevo Papa polaco, hasta el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a un escritor de la misma nacionalidad.

Esa visión del imperialismo es incorrecta y desalentadora. Frente a tal ente todopoderoso, poco podemos hacer los mortales... a menos que busquemos otro ente similar que nos proteja.

En realidad, afirmar que la elección del Papa Wojtyla es parte de la conjura imperialista, significa saltarse olímpicamente 2,000 años de historia de la Iglesia, sus propias contradicciones y fracturas. Evidentemente, Wojtyla es más conservador que sus antecesores y eso favorece al imperialismo. Pero también es cierto que en los difíciles años 50 la Iglesia polaca defendió los derechos cívicos y se ganó así el favor de los obreros. Por otra parte, los curas polacos fueron expulsados de Chile por Pinochet, de Indonesia los echó Suharto por "comunistas" luego del sangriento golpe fascista de 1966. Más importante aún, hoy

en Polonia la Iglesia trata más bien de atemperar el movimiento y servir de puente con el Partido Obrero Unificado.

La situación es pues bastante compleja y, en cada caso, según enseña el marxismo, son los factores internos y no las conjuras externas las que explican los fenómenos.

Pero lo que sí nos parece totalmente injustificado es afirmar que la clase obrera polaca plantee exigencias que pretenden ubicar al país en el área capitalista, no luche por una alternativa más cercana al socialismo; y que todo ello se deba a que es una clase en proceso de formación, sin madurez ni tradición de lucha, en fin, una clase obrera mal formada. Claro, si el proletario polaco "está en proceso de formación", no podría gobernarse, necesitaría posiblemente una burocracia que lo guíe hasta que madure.

Haya de la Torre dijo algo similar en el Perú: "El proletariado es joven, como un niño...vive, siente dolor, protesta...sin embargo, no está capacitado para dirigirse a sí mismo".

Pero si hace 50 años, en este atrasado país del 3er. Mundo, Mariátegui sepultó definitivamente esas posiciones al afirmar que ¡en el Perú! la única clase que históricamente tenía algo que decir era el proletariado. Qué decir de Polonia, donde en 1980 se celebró el centenario de la fundación del primer partido obrero llamado "El Proletariado". Cómo afirmar que en Polonia, después de casi 30 años de socialismo, la clase obrera está en formación.

Por supuesto, tampoco basta probar antigüedad para garantizar corrección. Si así fuera, el proletariado inglés sería el más revolucionario. De lo que se trata es de precisar objetivamente adónde apunta el movimiento. Al respecto, es transparente que la mayoría del movimiento obrero polaco no plantea exigencias prócapitalistas, sino profundas transformaciones que ponen sobre el tapete un problema crucial de nuestra época: La relación entre socialismo y democracia. De ello trataremos en una siguiente nota. (Carlos Iván Degregori)